

LA CULTURA

La cultura, clave de los secretos más profundos de la vida de los pueblos y unificadora de su existencia.

«La cultura es la vida del espíritu; es la clave que permite el acceso a los secretos más profundos y más celosamente guardados de la vida de los pueblos; es la expresión fundamental y unificadora de su existencia, pues en la cultura se encuentran las riquezas, yo diría casi inefables, de las convicciones religiosas, de la historia, del patrimonio literario y artístico, del substrato etnológico, de las actitudes y de la "forma mentis" de los pueblos. En resumen, decir "cultura" es expresar en una sola palabra la identidad nacional que constituye el alma de esos pueblos y que sobrevive a pesar de las condiciones adversas, las dificultades de todo género, los cataclismos históricos o naturales, permaneciendo una y compactada a través de los siglos. En función de su cultura, de su vida espiritual, cada pueblo se distingue de otro, estando llamado por otra parte a completarlo, ofreciéndole la aportación específica que le es necesaria.

»... si la cultura es la expresión por excelencia de la vida espiritual de los pueblos, jamás debe estar separada de todos los demás problemas de la existencia humana, la paz, la libertad, la defensa, el hambre, el empleo, etc. La solución de estos problemas depende de la manera correcta de comprender y situar los problemas de la vida espiritual, que condiciona así todos los demás y es condicionada por ellos.

»La cultura, entendida en este sentido amplio, garantiza el crecimiento de los pueblos y preserva su integridad. Si se olvida esto, caen las barreras que salvaguardan la identidad y la verdadera riqueza de los pueblos.

»... se puede decir que la cultura es el fundamento de la vida de los pueblos, la raíz de su identidad profunda, el soporte de su supervivencia y de su independencia.»

JUAN PABLO II: Alocución al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede en Fin de Año 1980, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, año XIII, núm. 4 (630), domingo 25 de enero de 1981.

La cultura, el hombre y el bien común.

«La cultura es la expresión del hombre, es la confirmación de la humanidad. El hombre la crea y, mediante ella, el hombre se crea a sí mismo. Se crea a sí mismo con el esfuerzo interior del espíritu, del pensamiento, de la voluntad, del corazón. Y, al mismo tiempo, crea la cultura en comunión con los otros. La cultura es la expresión del comunicar, del pensar juntos y del colaborar juntos de los hombres. Nace del servicio al bien común y se convierte en bien esencial de las comunidades humanas.»

»La cultura es, sobre todo, un bien común de la nación.»

JUAN PABLO II: Alocución a los jóvenes en Gniezno (Polonia), el 3 de junio de 1979, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, año XI, núm. 23 (545), domingo 10 de junio de 1979.

La verdadera cultura o "cultura animi".

«La verdadera cultura es la humanización, mientras que la no-cultura y las falsas culturas son deshumanizadoras. Por eso mismo en la elección de la cultura el hombre compromete su destino.»

»La humanización, es decir, el desarrollo del hombre, se efectúa en todos los campos de la realidad en la que el hombre está situado y se sitúa: en su espiritualidad y corporeidad, en el universo, en la sociedad humana y divina. Se trata de un desarrollo armónico, en el cual todos los sectores de los que forma parte el ser hombre, se enlazan unos con otros: la cultura no se refiere ni únicamente al espíritu ni únicamente al cuerpo, y tampoco únicamente a la individualidad, ni a la sociabilidad o universalidad. La reducción ad unum da lugar siempre a culturas deshumanizadoras, en las cuales el hombre es espiritualizado o es materializado, es disociado o es despersonalizado. La cultura debe cultivar al hombre y a cada hombre en la extensión de un humanismo integral y pleno en el cual todo el hombre y todos los hombres son promovidos en la plenitud de cada dimensión humana. La cultura tiene como fin esencial promover el ser del hombre y proporcionarle los bienes necesarios para el desarrollo de su ser individual y social.»

»Todas las diversas formas de promoción cultural radican en la

"cultura animi, según la expresión de Cicerón: la cultura de pensar
"y de amar, por la cual el hombre se eleva a su suprema dignidad,
"que es la del pensamiento, y se exterioriza en su más sublime dona-
"ción, que es la del amor.

»La auténtica cultura animi es cultura de libertad, que emana de
"las profundidades del espíritu; de la claridad del pensamiento y
"del generoso desinterés del amor. Fuera de la libertad no puede ha-
"ber cultura. La verdadera cultura de un pueblo, su plena humani-
"zación, no se pueden desarrollar en un régimen de coerción:
"La cultura —dice la Constitución conciliar Gaudium et spes, 59—
"por dimanar inmediatamente de la naturaleza racional y social del
"hombre, tiene siempre necesidad de una justa libertad para des-
"arrollarse y de una legítima autonomía en el obrar según sus pro-
"pios principios".

»La cultura no debe sufrir ninguna coerción por parte del po-
"der, sea político o económico, sino ser ayudada por el uno y por
"el otro en todas las formas de iniciativa pública y privada com-
"formes con el verdadero humanismo, con la tradición y con el es-
"píritu auténtico de cada pueblo.

»La cultura que nace libre debe, además, difundirse en un ré-
"gimen de libertad. El hombre culto tiene el deber de proponer su
"cultura, pero no puede imponerla. La imposición contradice a la
"cultura, porque contradice a ese proceso de libre asimilación per-
"sonal por parte del pensamiento y del amor que es peculiar de la
"cultura del espíritu. Una cultura impuesta no solamente contrasta
"con la libertad del hombre, sino que obstaculiza el proceso forma-
"tivo de la propia cultura, la cual, en su complejidad, desde la cien-
"cia hasta la forma de vestirse, nace de la colaboración de todos los
"hombres.

»La cultura, cultivo del hombre en todas sus facultades y ex-
"presiones, no es solamente promoción del pensamiento o de la
"acción, sino es también formación de la conciencia. A causa de la
"educación imperfecta o nula de la conciencia, el puro conociemien-
"to puede dar origen a un humanismo orgulloso puramente terres-
"tre; la acción y el placer pueden originar pseudoculturas de una pro-
"ductividad incontrolada, en beneficio del poderío nacional o del
"consumismo privado, que tienen como consecuencia funestos pe-
"ligros de guerra y gravísimas crisis económicas.

»La promoción del conocimiento es indispensable, pero es in-
"suficiente cuando no va acompañada por la cultura moral.

»La cultura animi debe promover juntamente la instrucción y la
"educación, debe instruir al hombre en el conocimiento de la rea-
"lidad, pero al mismo tiempo educarlo para ser hombre en la tota-

"lidad de su ser y de sus relaciones. Ahora bien, el hombre no puede ser plenamente lo que es, no puede realizar totalmente su humanidad, si no vive la transcendencia de su propio ser sobre el mundo y su relación con Dios. A la elevación del hombre contribuye no solamente la promoción de su humanidad sino también la apertura de su humanidad a Dios. Hacer cultura es dar al hombre, a cada hombre y a la comunidad de los hombres, dimensión humana y divina, es ofrecer y comunicar al hombre esa humanidad y esa divinidad que manan del Hombre perfecto, del Redentor del hombre, Jesucristo.»

JUAN PABLO II: Encuentro con los hombres de cultura en Río de Janeiro, martes 1 de julio de 1980, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, año XII, número 28 (602), domingo 13 de julio de 1980.

El hombre en su totalidad, "en el conjunto integral de su subjetividad espiritual y material", expresado por la cultura.

«Este hombre, que se expresa en y por la cultura y es objeto de ella, es único, completo e indivisible. Es a la vez sujeto y artífice de la cultura. Según esto no se le puede considerar únicamente como resultante de todas las condiciones concretas de su existencia, como resultante —por no citar más que un ejemplo— de las relaciones de producción que prevalecen en una época determinada. ¿No sería entonces, de alguna manera, este criterio de las relaciones de producción una clave para la comprensión de la historicidad del hombre, para la comprensión de su cultura y de las múltiples formas de su desarrollo? Ciertamente, este criterio constituye una clave, e incluso una clave preciosa, pero no la clave fundamental constitutiva. Las culturas humanas reflejan, sin duda, los diversos sistemas de relaciones de producción; sin embargo, no es tal o tal sistema lo que está en el origen de la cultura, sino el hombre, el hombre que vive en el sistema, que lo acepta o que intenta cambiarlo. No se puede pensar una cultura sin subjetividad humana y sin causalidad humana; sino que, en el campo de la cultura, el hombre es siempre el hecho primero: el hombre es el hecho primordial y fundamental de la cultura.

»Y esto lo es el hombre siempre en su totalidad: en el conjunto integral de su subjetividad espiritual y material. Si, en función del carácter y del contenido de los productos en los que se manifiesta

“la cultura, es pertinente la distinción entre cultura espiritual y cultura material, es necesario constatar al mismo tiempo que, por una parte, las obras de la cultura material hacen aparecer siempre una “espiritualización” de la materia, una sumisión del elemento material a las fuerzas espirituales del hombre, es decir, a su inteligencia y a su voluntad, y que, por otra parte, las obras de la cultura espiritual manifiestan, de forma específica, una “materialización” del espíritu, una encarnación de lo que es espiritual. Parece que, en las obras culturales, esta doble característica es igualmente primordial y permanente.

»Así, pues, a modo de conclusión teórica, ésta es una base suficiente para comprender la cultura a través del hombre integral, a través de toda la realidad de su subjetividad. Esta es también, en el campo del obrar, la base suficiente para buscar siempre en la cultura al hombre integral, al hombre todo entero, en toda la verdad de su subjetividad espiritual y corporal; la base suficiente para no superponer a la cultura —sistema auténticamente humano, síntesis espléndida del espíritu y del cuerpo— divisiones y oposiciones preconcebidas. En efecto, ni una absolutización de la materia en la estructura del sujeto humano o, inversamente, una absolutización del espíritu en esta misma estructura, expresan la verdad del hombre ni prestan servicio alguno a su cultura.»

JUAN PABLO II: Alocución a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura —UNESCO—, lunes 2 de junio, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, año XII, núm. 24 (598), domingo 15 de de junio de 1980.

La cultura es un modo específico del “existir” y del “ser” del hombre, que se desarrolla en la pluralidad sin perder contacto esencial con la unidad.

«Genus humanum arte et ratione vivit (cf. Santo Tomás, comentando a Aristóteles, en Post. Analyt., núm. 1). Estas palabras de uno de los más grandes genios del cristianismo, que fue al mismo tiempo un fecundo continuador del pensamiento antiguo, nos hacen ir más allá del círculo y de la significación contemporánea de la cultura occidental, sea mediterránea o atlántica. Tienen una significación aplicable al conjunto de la humanidad en la que se encuentran las diversas tradiciones que constituyen su herencia es-

"piritual y las diversas épocas de su cultura. La significación esencial de la cultura consiste, según estas palabras de Santo Tomás de Aquino, en el hecho de ser una característica de la vida humana como tal. El hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura. La vida humana es cultura también en el sentido de que el hombre, a través de ella, se distingue y se diferencia de todo lo demás que existe en el mundo visible: el hombre no puede prescindir de la cultura.

»La cultura es un modo específico del "existir" y del "ser" del hombre. El hombre vive siempre según una cultura que le es propia, y que, a su vez, crea entre los hombres un lazo que les es también propio, determinando el carácter inter-humano y social de la existencia humana. En la unidad de la cultura como modo propio de la existencia humana, hunde sus raíces al mismo tiempo la pluralidad de culturas en cuyo seno vive el hombre. El hombre se desarrolla en esta pluralidad, sin perder, sin embargo, el contacto esencial con la unidad de la cultura, en tanto que es dimensión fundamental y esencial de su existencia y de su ser.»

JUAN PABLO II: Alocución a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura —UNESCO—, lunes 2 de junio, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, año XII, núm. 24 (598), domingo 15 de de junio de 1980.

La cultura se sitúa en el "ser" que da la medida del hombre, y sólo secundaria y relativamente en el "tener".

«El hombre, que en el mundo visible, es el único sujeto óntico de la cultura, es también su único objeto y su término. La cultura es aquello a través de lo cual el hombre, en cuanto hombre, se hace más hombre, "es" más, accede más al "ser". En esto encuentra también su fundamento la distinción capital entre lo que el hombre es y lo que tiene, entre el ser y el tener. La cultura se sitúa siempre en relación esencial y necesaria a lo que el hombre es, mientras que la relación a lo que el hombre tiene, a su "tener", no sólo es secundaria, sino totalmente relativa. Todo el "tener" del hombre no es importante para la cultura, ni es factor creador de cultura, sino en la medida en que el hombre, por medio de su "tener", puede al mismo tiempo "ser" más plenamente como hombre, llegar a ser más plenamente hombre en todas las dimensiones

"de su existencia, en todo lo que caracteriza su humanidad. La experiencia de las diversas épocas, sin excluir la presente, demuestra que se piensa en la cultura y se habla de ella principalmente en relación con la naturaleza del hombre, y luego solamente de manera secundaria e indirecta en relación con el mundo de sus productos. Todo esto no impide, por otra parte, que juzguemos el fenómeno de la cultura a partir de lo que el hombre produce, o que de esto saquemos conclusiones acerca del hombre. Un procedimiento semejante —modo típico del proceso de conocimiento "a posteriori"— contiene en sí mismo la posibilidad de remontar, en sentido inverso, hacia las dependencias óntico-causales. El hombre, y sólo el hombre, es "autor", o "artífice" de la cultura; el hombre, y sólo el hombre, se expresa en ella y en ella encuentra su propio equilibrio.»

JUAN PABLO II: Alocución a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura —UNESCO—, lunes 2 de junio, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, año XII, núm. 24 (598), domingo 15 de de junio de 1980.

La cultura y el equilibrio entre los elementos componentes del hombre.

«La cultura unifica los elementos de que se compone el hombre y que se complementan mutuamente sin dejar de estar, a veces, en una profunda tensión recíproca: espíritu y cuerpo. Ninguno de los dos puede sobrepasar sus límites en detrimento del otro; y lo que garantiza este difícil equilibrio —con la gracia de Dios—, es precisamente la vida global del hombre, la cultura, que me gustaba definir en París como "sistema auténticamente humano, síntesis espléndida del espíritu y del cuerpo".»

JUAN PABLO II: Alocución al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede en Fin de Año de 1980, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, año XIII, núm. 4 (630), domingo 25 de enero de 1981.

El hombre, en su conjunto integral de cuerpo y espíritu, y la cultura. Su degradación por el totalitarismo, ciertos sistemas económicos y "mass media".

«... me refiero al espíritu capaz de comprender, de querer, de amar. Por eso, precisamente, el hombre es hombre. ¡Salvaguardad a toda costa en vosotros y en torno a vosotros el campo sagrado del espíritu! Sabéis que en el mundo contemporáneo existen todavía, por desgracia, sistemas totalitarios que paralizan el espíritu, atentan gravemente a la integridad y a la identidad del hombre, reduciéndolo a un estado de objeto, de máquina, privándole de su fuerza de reacción interior, de sus impulsos de libertad y de amor. Sabéis también que existen sistemas económicos que así presumiendo de su formidable expansión industrial, acentúan al mismo tiempo la degradación, la descomposición del hombre. Incluso los mass-media, que deberían contribuir al desarrollo integral de los hombres y a su enriquecimiento recíproco en una fraternidad creciente, no dejan de provocar un desgaste e incluso un embotamiento de la inteligencia y de la imaginación que perjudican la salud del espíritu, de la mente y del corazón, deformando en el hombre la capacidad de discernir lo que es sano de lo que es insano. Si; ¿para qué valen las reformas sociales y políticas, aunque sean muy generosas, si el espíritu, que es también conciencia, pierde su lucidez y vigor? Prácticamente, en este mundo, tal como es y del que no debéis huir, ¡aprended a reflexionar más y más, a pensar! Los estudios que hacéis deben ser un momento privilegiado de aprendizaje para la vida del espíritu. ¡Desenmascarad los eslogans, los falsos valores, los espejismos, los caminos sin salida! Yo os deseo un espíritu de recogimiento, de interioridad. Cada uno de vosotros y cada una de vosotras, debe favorecer, según sus posibilidades, la primacía del espíritu e incluso contribuir a resaltar lo que tiene valor de eternidad más todavía que de futuro. Viviendo así, creyentes y no creyentes, estáis muy cercanos a Dios. ¡Dios es espíritu!»

JUAN PABLO II: Alocución a los jóvenes en el Parque de los Príncipes, de París, el domingo 1 de junio de 1980, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, año XII, núm. 24 (598), domingo 15 de junio de 1980.

La fragmentación de la cultura implica el peligro de romper interiormente a la persona, desmenuzando su vida en una multitud de sectores independientes e indiferentes, en su conjunto, al destino del hombre.

«Quisiera detenerme en particular sobre uno de los problemas suscitados por este sector: el de la fragmentación de la cultura universitaria, y de sus repercusiones en la formación humana. Vivimos una hora de aceleración del progreso científico, en todos los sectores. La expansión de los conocimientos se manifiesta hoy en la acumulación de una cantidad inimaginable de datos. No son sólo las disciplinas científico-experimentales las que están implacadas en esta fragmentación del saber, sino también las humanísticas, tanto filosóficas como históricas, jurídicas, lingüísticas, etc. El hombre no puede ni debe detener estos impulsos del progreso científico, puesto que él está estimulado por Dios mismo a someter el mundo (cf. Gén 1, 28) con el propio trabajo. Sin embargo, es necesario que, en esta tarea, no olvide la necesidad de integrar el propio compromiso de estudio y de investigación en una sabiduría de dimensión más global; de otra manera, al hacer ciencia y cultura, correrá el riesgo de perder la noción del propio ser, el sentido pleno y completo de la propia existencia, y, consiguientemente, actuará en lacerante desacuerdo con la propia identidad peculiar.

»Efectivamente, cuando el hombre pierde de vista la unidad interior de su ser, corre el riesgo de perderse a sí mismo, aun cuando a la vez puede aferrarse a muchas certezas parciales referentes al mundo o a aspectos periféricos de la realidad humana. Por estos motivos, debemos afirmar que cada uno de los universitarios, profesor o estudiante, tiene necesidad urgente de dar, dentro de sí, espacio al estudio sobre sí mismo, sobre el propio estatuto concreto ontológico; tiene necesidad de reflexionar sobre el destino trascendente que lleva en sí como criatura de Dios. Aquí, en este saber, es donde se encuentra el hilo que entreteje toda la actuación del hombre en unidad armoniosa.

»Por esto, os invito a descubrir, en la integral y grandiosa unidad interior del hombre, el criterio en el que deben inspirarse la actividad científica y el estudio, para poder proceder en armonía con la realidad profunda de la persona y, por lo tanto, al servicio de todo el hombre y de todos los hombres. El compromiso científico no es una actividad que mira sólo a la esfera intelectual. Afec-

"ta a todo el hombre. Efectivamente, éste se lanza con todas sus
"fuerzas en busca de la verdad, precisamente porque la verdad se
"le presenta como un bien. Existe, pues, una correspondencia inse-
"parable entre la verdad y el bien. Esto significa que todo el actuar
"humano posee una dimensión moral. En otras palabras: hagamos
"lo que hagamos —también el estudio—, advertimos en el fondo
"de nuestro espíritu una exigencia de plenitud y de unidad.

»Para evitar que la ciencia se presente como fin en sí misma,
"como tarea solamente intelectual, objetiva y subjetivamente extra-
"ña al ámbito moral, el Concilio ha recordado que "el orden moral
"abarca, en toda su naturaleza al hombre" (Inter mirifica, 6). En
"definitiva —y cada uno de nosotros lo sabe por experiencia—, el
"hombre o se busca a sí mismo, la propia afirmación, la utilidad
"personal, como finalidad última de la existencia; o se dirige a
"Dios, Bien supremo y verdadero Fin último, el único en condiciones
"de unificar, subordinándolos y orientándolos a El, los múltiples
"fines que de vez en cuando constituyen el objeto de nuestras as-
"piraciones y de nuestro trabajo. Por tanto, ciencia y cultura ad-
"quieren un sentido pleno y coherente y unitario, si están ordenadas
"a la consecución del fin último del hombre, que es la gloria de
"Dios.

»Buscar la verdad y ponerse en camino para alcanzar el Bien
"Supremo: he aquí la clave de un compromiso intelectual, que su-
"pere el peligro de permitir que la fragmentación del saber rompa
"interiormente a la persona, desmenuzando su vida en una multi-
"tud de sectores recíprocamente independientes y, en su conjunto,
"indiferentes al deber y al destino del hombre.»

JUAN PABLO II: Alocución a los 6.000 uni-
versitarios del "UNIV 80" reunidos en la
Plaza de San Pedro, L'Osservatore Romano.
Edición semanal en lengua española, año XII,
núm. 15 (589), domingo 13 de abril de 1980.

Los riesgos de la especialización. Necesidad de cultura gene-
ral, con referencia a los valores éticos y religiosos.

«Todos sois conscientes de los riesgos actuales que acaban por
"encerrar a uno en los estrechos límites de una "especialización".
"Dicha especialización es capaz de recortar los horizontes del indi-
"viduo, de dividir su vida personal y de oscurecer la rica naturaleza
"de la vida en general. Está muy claro que la especialización profe-
"sional tiene que ser considerada en el marco más amplio de la lla-

*"mada cultura general. Dentro de este contexto es desde donde os
"invito encarecidamente a que toméis como puntos fundamentales
"de referencia los valores religiosos y éticos que son promotores efi-
"caces de cultura, proyectando su luz sobre los diversos problemas y
"sobre las más altas aspiraciones del hombre y transformando toda
"su vida y todo su saber. Vuestra experiencia profesional ganará
"así en profundidad, en perspectiva y en utilidad.»*

JUAN PABLO II: Alocución a los profesio-
nales y catequistas en el Araneta Coliseum,
miércoles 18 de febrero de 1981, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua es-
pañola, año XIII, núm. 8 (634), domingo 22
de febrero de 1981.

La cultura y las naciones.

*«Lo que digo aquí respecto al derecho de la nación a fundamen-
"tar su cultura y su porvenir, no es el eco de ningún "nacionalis-
"mo", sino que se trata de un elemento estable de la experiencia
"humana y de las perspectivas humanistas del desarrollo del hombre.
"Existe una soberanía fundamental de la sociedad que se manifiesta
"en la cultura de la nación. Se trata de la soberanía por la que, al
"mismo tiempo, el hombre es supremamente soberano. Al expre-
"sarme así, pienso también, con una profunda emoción interior,
"en las culturas de tantos pueblos antiguos que no han cedido cuan-
"do han tenido que enfrentarse a las civilizaciones de los invasores:
"y continúan siendo para el hombre la fuente de su "ser" de hom-
"bre en la verdad interior de su humanidad. Pienso con admiración
"también en las culturas de las nuevas sociedades, de las que se des-
"piertan a la vida en la comunidad de la propia nación —igual que
"mi nación se despertó a la vida hace diez siglos— y que luchan
"por mantener su propia identidad y sus propios valores contra las
"influencias y las presiones de modelos propuestos desde el exterior.
"»*

*»Al dirigirme a ustedes, señoras y señores, que se reúnen en
"este lugar desde hace más de treinta años en nombre de la prima-
"cía de las realidades culturales del hombre, de las comunidades
"humanas, de los pueblos y de las naciones, les digo: velen, con
"todos los medios a su alcance, por esta soberanía fundamental
"que posee cada nación en virtud de su propia cultura. Protéjanla
"como a la niña de sus ojos para el futuro de la gran familia huma-
"na. ¡Protéjanla! No permitan que esta soberanía fundamental se
"convierta en presa de cualquier interés político o económico. No*

"permitan que sea víctima de los totalitarismos, imperialismos o hegemonías, para los que el hombre no cuenta sino como objeto de dominación y no como sujeto de su propia existencia humana. Incluso la nación —su propia nación o las demás— no cuenta para ellos más que como objeto de dominación y cebo de intereses diversos, y no como sujeto: el sujeto de la soberanía proveniente de la auténtica cultura que le pertenece en propiedad. ¿No hay, en el mapa de Europa y del mundo, naciones que tienen una maravillosa soberanía histórica proveniente de su cultura, y que sin embargo se ven privadas de su plena soberanía? ¿No es éste un punto importante para el futuro de la cultura humana, importante sobre todo en nuestra época cuando tan urgente es eliminar los restos del colonialismo?"

JUAN PABLO II: Alocución a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura —UNESCO—, lunes 2 de junio, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, año XII, núm. 24 (598), domingo 15 de junio de 1980.

La cultura debe reconocer y profesar la transcendencia de Dios.

«La cultura que profesáis debe, además, reconocer y vivir la transcendencia de Dios sobre el hombre; es decir, debe estar animada por una inspiración cristiana.

»El espíritu cristiano deberá orientar a todo laico, y, especialmente, a quien ejerce función de búsqueda o discernimiento cultural, a penetrar, realizar y desarrollar los valores que el Evangelio ha difundido en la historia.»

JUAN PABLO II: Alocución a los dirigentes del "Movimiento Eclesial de Empeño Cultural" de Italia el 14 de junio de 1980, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, año XII, núm. 33 (607), domingo 17 de agosto de 1980.

El cristianismo y la cultura. Su relación orgánica y constitutiva.

«... relación orgánica y constitutiva que existe entre la religión en general y el cristianismo en particular, por una parte, y la cultura

"por otra. Esta relación se extiende a las múltiples realidades que
"es preciso definir como expresiones concretas de la cultura en las
"diversas épocas de la historia y en todos los puntos del globo.
"Ciertamente no será exagerado afirmar en particular que, a través
"de una multitud de hechos, Europa toda entera —del Atlántico a
"los Urales— atestigua, en la historia de cada nación y en la de la
"comunidad entera, la relación entre la cultura y el cristianismo.

»Al recordar esto, no quiero disminuir de ninguna manera la
"herencia de los otros continentes, ni la especificidad y el valor de
"esta misma herencia que deriva de otras fuentes de inspiración re-
"ligiosa, humanista y ética. Al contrario, deseo rendir el más pro-
"fundo y sincero homenaje a todas las culturas del conjunto de la
"familia humana, desde las más antiguas a las que nos son contem-
"poráneas.

»Pienso sobre todo, señoras y señores, en la vinculación funda-
"mental del Evangelio, es decir, del mensaje de Cristo y de la Igle-
"sia, con el hombre en su humanidad misma. Este vínculo es, efec-
"tivamente, creador de cultura en su fundamento mismo. Para crear
"la cultura hay que considerar íntegramente, y hasta sus últimas
"consecuencias, al hombre como valor particular y autónomo, como
"sujeto portador de la transcendencia de la persona.

»A lo largo de la historia, hemos sido ya más de una vez, y lo
"somos aún, testigos de un proceso, de un fenómeno muy significa-
"tivo. Allí donde han sido suprimidas las instituciones religiosas,
"allí donde se ha privado de su derecho de ciudadanía a las ideas y
"a las obras nacidas de la inspiración religiosa, y en particular de
"la inspiración cristiana, los hombres encuentran de nuevo esto mis-
"mo fuera de los caminos institucionales, a través de la confronta-
"ción que tiene lugar, en la verdad y en el esfuerzo interior, entre
"lo que constituye su humanidad y el contenido del mensaje cris-
"tiano.»

JUAN PABLO II: Alocución a la Organiza-
ción de las Naciones Unidas para la Educa-
ción, la Ciencia y la Cultura —UNESCO—,
lunes 2 de junio, *L'Osservatore Romano*. Edi-
ción semanal en lengua española, año XII,
núm. 24 (598), domingo 15 de de junio de
1980.

Necesidad de una cultura imbuida de verdadero espíritu cristiano.

»La sabiduría cristiana, que por mandato divino enseña la Iglesia, estimula continuamente a los fieles para que se esfuercen por lograr una síntesis vital de los problemas y de las actividades humanas con los valores religiosos, bajo cuya ordenación todas las cosas están unidas entre sí para la gloria de Dios y para el desarrollo integral del hombre en cuanto a los bienes del cuerpo y del espíritu.

»En efecto, la misión de evangelizar, que es propia de la Iglesia, exige no sólo que el Evangelio se predique en ámbitos geográficos cada vez más amplios y a grupos humanos cada vez más numerosos, sino también que sean informados por la fuerza del mismo Evangelio el sistema de pensar, los criterios de juicio y las normas de actuación; en una palabra, es necesario que toda la cultura humana sea henchida por el Evangelio.

»Porque el medio cultural en el cual vive el hombre ejerce una gran presión sobre su modo de pensar y, consecuentemente, sobre su manera de obrar; por lo cual la división entre la fe y la cultura es un impedimento bastante grave para la evangelización, como, por el contrario, una cultura imbuida de verdadero espíritu cristiano es un instrumento que favorece la difusión del Evangelio.

»Además, el Evangelio, en cuanto destinado a los pueblos de cualquier edad y región, no está vinculado exclusivamente con ninguna cultura particular, sino que es capaz de penetrar con la luz de la divina Revelación, purifica las costumbres de los hombres y las restaura en Cristo.

»Por eso la Iglesia de Cristo se esfuerza en llevar el Evangelio a todo el género humano, de tal forma que pueda aquél transformar la conciencia de cada uno y de todos los hombres en general, y bañar con su luz sus obras, sus proyectos, su vida entera y todo el contexto social en que se desenvuelven. De este modo, al promover también la cultura humana, cumple su propia misión evangelizadora.»

JUAN PABLO II: Constitución Apostólica del Sumo Pontífice "Sapientia christiana" sobre las Universidades y Facultades Eclesiásticas, el 15 de abril de 1979, L'Osservatore Romano. Edición semanal en lengua española, año XI, núm. 22 (544), domingo 3 de junio de 1979.

La verdad revelada, la cultura tradicional cristiana y la civilización técnica.

«También la verdad reveladora llega al hombre en el marco de una determinada cultura. Existe, por tanto, el gran peligro de que el abandono de los valores heredados de la cultura pueda, en consecuencia, conducir a la pérdida de la fe, especialmente cuando los valores de la cultura del nuevo ambiente no tienen el carácter cristiano que contradistingue la cultura nativa.

»Existe también otro peligro. Hay que estar atentos a no dejarse fascinar irrazonablemente y a no dejarse atraer por la civilización técnica con el simultáneo riesgo para la fe, para la capacidad de amar; en una palabra, para todo cuanto afecta al hombre, a la plena dimensión del hombre, a su vocación.

»Precisamente el arraigo en la tradición, en la cultura impregnada, como la polaca, de valores religiosos, hará que "la egoísta cultura y la egoísta tecnología del trabajo no lleguen a reducir al hombre al papel de mero instrumento de trabajo" (Discurso en São Salvador de Babia; L'Osservatore Romano edición en lengua española, 20 de julio de 1980, pág. 12). Del valor del hombre, en definitiva, decide lo que él es, no lo que él tiene. Y si el hombre está dispuesto a perder su dignidad, su fe, la conciencia nacional, solamente para tener más, tal actitud no puede conducir a otra cosa que al desprecio de sí mismo.

»En cambio, el hombre, consciente de su identidad, que procede de la fe y de la cultura cristiana de sus abuelos y de sus padres, conservará su dignidad, encontrará el respeto de los demás y será miembro de pleno valor en la sociedad en que vive.»

JUAN PABLO II: Homilía durante la misa celebrada en Maguncia para los obreros, domingo 16 de noviembre de 1980, L'Osservatore Romano. Edición semanal en lengua española, año XII, núm. 47 (621), domingo 23 de noviembre de 1980.

Autonomía de la cultura.

«Por otra parte, la Iglesia reconoce complacida que se ha beneficiado de la ciencia. A ésta, entre otras, hay que aplicar lo que dijo el Concilio a propósito de ciertos aspectos de la cultura moderna: "Las nuevas condiciones ejercen influjo también sobre la vida religiosa... La agudización del espíritu crítico la purifica de

"un concepto mágico del mundo y de residuos supersticiosos, y exige cada vez más una adhesión verdaderamente personal y operante de la fe, lo cual hace que muchos alcancen un sentido más vivo de lo divino" (Gaudium et spes, 7).

»La colaboración entre religión y ciencia moderna revierte en provecho de una y otra, sin violar en absoluto las autonomías respectivas. Del mismo modo que la religión exige la libertad religiosa, así la ciencia reivindica legítimamente la libertad de investigación. Después de haber afirmado con el Concilio Vaticano I la legítima libertad de las artes y disciplinas humanas en el terreno de los propios principios y del método propio, el Concilio Ecuménico Vaticano II reconoce solemnemente "la autonomía legítima de la cultura y especialmente de las ciencias" (Gaudium et spes, 59). En esta ocasión de la conmemoración solemne de Einstein, quisiera reiterar de nuevo las declaraciones del Concilio sobre la autonomía de la ciencia en su función de investigación sobre la verdad inscrita en la creación por el dedo de Dios. La Iglesia, rebosante de admiración ante el genio del gran científico, en el que se revela la huella del Espíritu creador y sin intervenir en manera alguna con juicios que no le atañen sobre la doctrina referente a los grandes sistemas del universo, al mismo tiempo propone esta última a la reflexión de los teólogos para descubrir la armonía existente entre la verdad científica y la verdad revelada.»

JUAN PABLO II: Alocución con motivo de celebrar la Pontificia Academia de las Ciencias el I centenario del nacimiento de Albert Einstein, el sábado 10 de noviembre de 1979, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, año XI, núm. 48 (570), domingo 2 de diciembre de 1979.

Lo que debe realizar y evitar la cultura.

»La cultura debe, por tanto, realizar al hombre en su trascendencia sobre las cosas, impedir que se disuelva en el materialismo de cualquier índole y en el consumismo, o que sea destruido por una ciencia y una tecnología al servicio de la codicia y de la violencia de poderes tiránicos, enemigos del hombre. Es necesario que los hombres de cultura estén dotados no sólo de una comprobada competencia, sino también de una iluminada y fuerte conciencia moral, con lo cual no tendrán que subordinar su propia acción en las diversas formas de concupiscencia que mandan en el mundo, a los "imperativos aparentes", hoy dominantes; sino que sirvan

"con amor al hombre, "al hombre y su autoridad moral, que proviene de la verdad de sus principios y de la conformidad de sus actos con esos principios".»

JUAN PABLO II: Alocución a los dirigentes del "Movimiento Eclesial de Empeño Cultural" de Italia el 14 de junio de 1980, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, año XII, núm. 33 (607), domingo 17 de agosto de 1980.

La educación, tarea esencial de la cultura.

«... la primera y esencial tarea de la cultura, en general, y también de toda cultura, es la educación. La educación consiste, en efecto, en que el hombre llegue a ser cada vez más hombre, que pueda "ser" más y no sólo que pueda "tener" más, y que, en conciencia, a través de todo lo que "tiene", todo lo que "posee", sepa "ser" más plenamente hombre. Para ello es necesario que el hombre sepa "ser más" no sólo "con los otros", sino también "para los otros". La educación tiene una importancia fundamental para la formación de las relaciones interhumanas y sociales. También aquí abordo un conjunto de axiomas, en los que las tradiciones cristianismo, nacidas del Evangelio, coinciden con la experiencia educativa de tantos hombres bien dispuestos y profundamente sabios, tan numerosos en todos los siglos de la historia. Tampoco faltan en nuestra época estos hombres que aparecen como grandes, sencillamente por su humanidad, que saben compartir con los otros, especialmente con los jóvenes. Al mismo tiempo, los síntomas de las crisis de todo género, ante las cuales sucumben los ambientes y las sociedades, por otra parte mejor provistos —crisis que afectan principalmente a las jóvenes generaciones— testimonian, a cuál mejor, que la obra de la educación del hombre no se realiza sólo con la ayuda de las instituciones, con la ayuda de medios organizados y materiales, por excelentes que sean. Ponen de manifiesto también que lo más importante es siempre el hombre, el hombre y su autoridad moral que proviene de la verdad de sus principios y de la conformidad de sus actos con sus principios.»

JUAN PABLO II: Alocución a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura —UNESCO—, lunes 2 de junio de 1980, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, año XII, núm. 24 (598), domingo 15 de junio de 1980.

Cuál es la verdadera cultura que la UNESCO tiene la misión institucional de promover.

«... ya que la verdadera cultura que la UNESCO tiene la misión institucional de promover en todo el mundo, asume una importancia de primer plano para el desarrollo y la defensa de la dignidad del hombre, que no es sólo sujeto de instrucción —también en este campo el trabajo que queda por hacer es verdaderamente notable—, sino que está llamado sobre todo a madurar hasta la perfección las potencialidades de su conocimiento espiritual, para corresponder a los designos de Dios sobre el mundo y sobre la historia, en el marco de ese pacífico y solitario progreso que todos deseamos.»

JUAN PABLO II: Alocución en la sede de la UNESCO el 2 de junio de 1980, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, año XII, núm. 23 (597), domingo 8 de junio de 1980.